

pura joya del arte gótico, le seduce por completo; al cabo de algún tiempo de meditaciones y de contemplaciones, vuelve al claustro; pero no pronuncia aún sus votos definitivos... eso será en el otro libro, en el cuarto de la serie, en el *Oblato*. Ya ve usted, pues, que en *La Catedral* no hay movimiento ninguno de personajes; el escenario no me costará muchos desvelos, cuatro ó seis meses de labor á la sumo. Lo que sí me costó trabajo, mucho trabajo, fué descubrir, en las páginas antiguas sobre el arte y en los lienzos mismos de la Edad Media, el sentido simbólico de los colores empleados por los artistas primitivos. Antigualmente, cada matiz representaba una idea ó un sentimiento: el blanco era candor, el verde regeneración, el rojo caridad, amor, sufrimiento, y el amarillo, traición; por eso los Judas antiguos siempre están vestidos de amarillo... Y fíjese usted en los cuadros de Fra Angélico: todos son color de rosa, blancos, verdes; pero nunca son morados ni grises, porque estos colores representaban imágenes diabólicas, imágenes de dolor y de exorcismo. Ya verá usted mi libro; creo que mi estudio es completo, y, de todos modos, estoy seguro de que es profundo y sincero... sobre todo sincero... ya lo verá usted...

UNA VISITA A OSCAR WILDE

UNA VISITA A OSCAR WILDE

LA FIGURA DE OSCAR WILDE. — SU CARÁCTER. — SUS OPINIONES. — UNA CARTA DE MALLARMÉ. — « INTENCIONES ». — « EL RETRATO DE DORIÁN GRAY ».

For en casa de Stuart Merrill, el poeta adorable de Los Fastos, donde encontré por primera vez, una noche de crudo invierno, al autor ilustre de Salome y de El Retrato de Dorián Gray. Su manera singular é insinuante de hablar francés, cambiando, como el dibujante Sterner, el valor de las vocales, me llamó desde luego la atención; y su enorme rostro de adolescente triste y soñador, me llenó de interés. Oscar Wilde no es hermoso, pero goza, en su envoltura atlética, de cierta distinción especial que atrae las miradas femeninas. Cuando en mis visitas matinales á su deliciosa habitación del Boulevard des Capucines, suelo encontrarle, vestido apenas con una camiseta descotada de lana roja, su robusto torso de luchador me hace pensar en las figuras inmortales

UNA VISITA A OSCAR WILDE

LA FIGURA DE OSCAR WILDE. — SU CARÁCTER. — SUS OPINIONES. — UNA CARTA DE MALLARMÉ. — « INTENCIONES ». — « EL RETRATO DE DORIÁN GRAY ».

Fué en casa de Stuart Merrill, el poeta adorable de *Los Fastos*, donde encontré por primera vez, una noche de crudo invierno, al autor ilustre de *Salome* y de *El Retrato de Dorián Gray*. Su manera singular é insinuante de hablar francés, cambiando, como el dibujante Sterner, el valor de las vocales, me llamó desde luego la atención; y su enorme rostro de adolescente triste y soñador, me llenó de interés. Oscar Wilde no es hermoso, pero goza, en su envoltura atlética, de cierta distinción especial que atrae las miradas femeninas. Cuando en mis visitas matinales á su deliciosa habitación del Boulevard des Capucines, suelo encontrarle, vestido apenas con una camiseta descotada de lana roja, su robusto torso de luchador me hace pensar en las figuras inmortales

de Rubens; y cuando, trajeado ya con esa cuidadosa « tenue » de los ingleses, le encuentro en cualquier café literario del barrio latino, su talle gigantesco me trae á la memoria un viejo retrato de Tourguénief, que ví hace ya bastante tiempo y ni aun recuerdo dónde. Sus ojos largos, húmedos y oblicuos, tienen cierta expresión en las pupilas, que ni la voz tristeza, ni la voz melancolía alcanzan á denotar; son ojos pálidos, como era pálida la sonrisa de aquella heroína de Catulle Mendés, con la palidez en el dibujo y no en el color. Su cabellera blanda, fina y sedosa, está tallada, por detrás, como la de cualquier empleado del gobierno, pero se reparte, por delante, en *bandeaux* rizados que cubren hasta la mitad sus finas orejas. Su nariz es recta, su boca es sensual, su cuello es firme.

Y con todo esto, cierto amaneramiento que constituye su encanto propio y verdadero. Sus labios carnosos no se entrecierran nunca, como los labios de todo el mundo, para hablar en serio. Cuando no sonríen, se quejan. La nota triunfante de su singularidad, es la exageración en las medias tintas. Durante todo el tiempo en que un cariño casi fraternal me ligó á él, creo que nunca le oí dar un grito. Cuando blasfema, lo hace de la misma manera femenil é insinuante con que diría un requiebro. Y blasfema con frecuencia, porque, en su modo raro de pensar, que-

ria, á cada momento, enmendarle á Dios la plana. Una tarde, no hace aun mucho tiempo, vino á su casa un redactor del *Figaro* para hacerle decir algo sobre sí mismo, « ¡ Ah! — le respondió Oscar Wilde — yo me he levantado hoy con la idea de que soy muy pequeño, muy insignificante. Ayer estuve á visitar la torre Eiffel y la encontré demasiado enorme al lado mío. Es terrible eso de llegarse á convencer de que hay algo más grande que nosotros. Si Dios supiese hacer las cosas, no habría creado ni montañas abracadabrantes, ni encinas gigantescas. Yo no amo la Naturaleza, cuya monotonía desesperante me enferma; pero cuando estoy en el campo, me gusta buscar las plantas pequeñitas para deshacerlas con el pie. Eso me prueba mi poder. Los artistas que se creen menós grandes que el resto del mundo, no producen nunca una obra maestra. Casi no comprendo cómo Verlaine, que es tan pequeño, pudo escribir su poema admirable de *Sagesse*, pensando en Dios que es tan grande... »

Así son todas sus ideas. Cuando el naturalismo, hoy muerto y enterrado, estaba á la moda, Oscar Wilde se entretenía en atacarlo; y de tal intensidad fué su fiebre idealista, que hasta hizo un viaje de propaganda á los Estados Unidos, para decir, en cincuenta conferencias, á los yankees, entusiasmados en aquel entonces con *L'Assommoir* de Zola: « Se-

ñores: vosotros creéis en la belleza del Naturalismo porque no sois sino unos burgueses. El arte verdadero es algo de que vosotros no podéis gustar. Tenedlo por seguro: lo que os parece tonto á vosotros, eso es arte. Los que preferís una novela de Zola á un poema de Baudelaire, me hacéis el mismo efecto que cierto aficionado de Inglaterra que encontraba más estimables las fotografías de Downey que los lienzos de Chavannes. » Y en vez de pagarle en moneda de insultos, el buen pueblo de los Estados Unidos le pagó en libras esterlinas. Tan estimado fué en esos días su volumen titulado *Intentions*, que, en menos de dos años, se agotaron de él unas cien ediciones de á 1,000 ejemplares cada una. En ese libro, efectivamente admirable, se encuentran resumidas casi todas las ideas estéticas del autor. « Los novelistas modernos pretenden que el arte debe imitar á la naturaleza, cuando, al contrario, es la naturaleza la que debe imitar el arte ». Y esta frase rara que hizo sonreír á Edmundo de Goncourt y que habría entusiasmado al Flaubert de los primeros tiempos, al buen Flaubert, en fin, contiene más substancia artística que toda la *Novela Experimental* de Zola. ¿Qué es, en realidad, la naturaleza sin adornos? Una inmensidad siempre igual, siempre monótona y casi siempre horrible. Para mí, una montaña de piedra no es bella sino cuando la mano del hombre

la ha convertido en columna ó en obelisco... Y así todo lo demás... Las ideas escritas de Oscar Wilde tienen esa ventaja. De una sola de sus frases podría hacerse un libro, mientras que de un libro de Zola apenas podría hacerse una frase. Oscar Wilde es un gran crítico, gracias á cuya influencia el naturalismo francés no ha hecho muchos estragos en la joven literatura de Inglaterra.

* * *

No se crea, sin embargo, que la propaganda « romanesca » del autor de *Salomé*, se ha reducido á predicar teorías idealistas en discursos sonoros. Jefe de los *esthètes* de la Gran Bretaña, es, por tanto, mejor artista que teórico. Su novela famosa, *El retrato de Dorián Gray*, es una historia conmovedora, que, según Hugues Le Roux, ha conquistado á su autor, en todos los países que hablan inglés, fama parecida á la que Victor Hugo gozó en Francia en los buenos tiempos del Romanticismo. De esa obra maestra decía hace poco poco tiempo Stephane Mallarmé en una carta dirigida al autor, y que soy yo el primero en publicar:

« *J'achève le livre, un des seuls qui puissent émouvoir, vu que d'une rêverie essentielle et de*

parfums d'âme les plus étrangers et compliqués, est fait son orage: redevenir poignant à travers l'inouï raffinement d'intellect, et humain en une pareille perverse atmosphère de beauté, est un miracle que vous accomplissez, et selon quel emploi de tous les arts de l'écrivain! C'est le portrait qui a été cause de tout. Ce tableau en pied, inquiétant, d'un Dorian Gray hantera, mais écrit, étant livre lui-même.»

La acción de la novela, sin embargo, aparece simple en su síntesis. Dorián Gray es un muchacho de veinte años, bello como Narciso y casi ignorante de su hermosura. Sólo á los veintiún años, al fijarse detenidamente en una de sus fotografías, se encuentra joven, se encuentra guapo; y en vez de inspirarle contento, su juventud y su belleza le inspiran amargura. El demonio de la filosofía rara se introduce en su alma y le hace razonar, le hace soñar, mejor dicho. «¡Oh, la vida! ¡Oh, la mocedad! ¡Oh, la vejez!» Y sus palabras semejan entonces versículos pesimistas de la Imitación. Pero hay un momento en que sus ojos se iluminan con el fuego de la esperanza, y en que sus labios exclaman con la alegría del deseo: «Si uno de esos genios antiguos que hacían contratos en las comedias de Calderón y en los poemas de Goethe, quisiese hacerme cambiar de suerte con esta fotografía, ¡cuán dichoso ufera yo!...» Y el genio se presenta y el tratado se

firma; y desde aquel día la imagen del cartón comienza á envejecer, mientras el buen Dorian sigue siendo bello y sigue siendo joven... Treinta años, cincuenta años, setenta años; y el muchacho hermoso que trata siempre de olvidar su antiguo pacto diabólico, se encuentra un día, al abrir un mueble, con su retrato de antaño, que es ya el retrato de un viejo horrible. «Así estaría yo — se dice á sí mismo — así estaría yo, lleno de arrugas en la cara, lleno de debilidad en las piernas, lleno de mal olor en la boca, á no haber cambiado la problemática salvación de mi alma por la eterna belleza de mi cuerpo...» Y en un momento de cólera y de disgusto, atraviesa el retrato con un puñal antiguo. Entonces la decoración cambia: la atmósfera de vago gris que envuelve la primera parte del libro, se trueca, para hacer el epílogo, en nube espesa de negro y rojo. Un camarero oye, allá adentro, en el otro extremo de la casa, un grito ronco; acude; y al entrar en las habitaciones de su amo, pierde el sentido encontrando sobre el lujoso tapiz flamenco á un anciano repugnante con el pecho atravesado por un puñal, y sobre el reloj de la chimenea un hermoso retrato de Dorián Gray joven y bello.

La complicación y el refinamiento admirable de que habla Mallarmé, están casi por completo en el estilo. Adorador apasionado de la forma, Oscar

Wilde escribe tomos enteros de novelas, — según me lo confesaba él mismo hace pocos días — con el solo objeto de aprovechar algunas frases hermosas que en su contemplación eterno de lo bello se le ocurren.

(Este artículo fué escrito en el año 1890. No tiene mérito ninguno, pero creo que reproducirlo ahora, en los momentos en que Oscar Wilde se encuentra en la cárcel por crimen de inmoralidad, es un homenaje de simpatía invariable que será grato al gran escritor en desgracia.)

UNA VISITA A ALFONSO DAUDET

UNA VISITA A ALFONSO DAUDET

UNA VISITA A ALFONSO DAUDET

MI PRIMERA IMPRESIÓN. — LAS ANÉCDOTAS. — LOS TRES SOMBREROS. — EL BÚSTO DE BALZAC JOVEN. — DAUDET CUENTISTA. — LAS TEORÍAS DE DAUDET. — RECUERDOS.

Al verle así, recostado, casi hundido en un sofá, entre cojines de seda y mantas orientales, inmóvil, con el rostro pálido y enflaquecido, con las manos paralizadas sobre el pecho, tuve intenciones de volverme atrás sin decir una palabra.

« Está muerto — pensé — está enteramente muerto, ¡ pobre grande hombre! su rostro demacrado no da señal ninguna de vida... no hay duda de que está muerto. »

Pero no.

— Siéntese usted.

Era él quien hablaba; él, cuyos labios casi blancos se movían entre la sombra gris de la barba.

— ... Siéntese usted.

Luego un silencio que sin duda duró un minuto y

que á mí se me figuró una eternidad. En seguida un movimiento impaciente de los brazos que buscaban un punto de apoyo. Por último una voz que como si se sonara á lo lejos, decía :

— Perdone usted ; pero los enfermos se toman ciertas prerrogativas... tienen ciertos derechos que todo el mundo no tiene y que se les deben perdonar por lo mucho que sufren, moralmente sobre todo.

... Una voz lejana, sí ; pero armoniosa, musical, con notas femeniles, con matices sonoros de canto y variaciones infantiles en el acento.

* * *

Poco á poco el maestro había logrado sentarse en el sofá. Y con su voz melodiosa, sin vibraciones y sin energías, pero ¡ tan dulce ! hablaba de mil y mil cosas, saltando de una anécdota á una reflexión y de un recuerdo á un juego de palabras. Hablaba del tiempo que hacía, ese otoño parisiense, claro y lleno de lodo, « como una perla sucia » ; hablaba de los libros nuevos « muchos libros, demasiados á veces, cuando uno ha llegado á los cincuenta años ; pero muy pocos cuando tiene veinte y pretende conocerlo todo » ; hablaba del teatro contemporáneo en

el cual la parte « de espectáculo » es más importante que la parte literaria, « un verdadero teatro para niños que desean ver cosas bonitas y para ancianos que desean ver labios pintados » ; hablaba del Mediodía, de sus primeras obras, de sus obras en preparación, de los críticos que más inteligentemente habían analizado su talento, de la literatura nueva, « una literatura algo salvaje », del campo, en fin, de sus amigos, de sus padecimientos...

Y de todo, de lo más frívolo como de lo más serio, hablaba ligeramente, con enternecimientos que duraban el espacio de una frase y con ironías rápidas como un relámpago.

* * *

Lo que más parece retener la palabra de Daudet, son las anécdotas.

Se trata de André Gill, de su talento de caricaturista, de su vida triste y pobre, de su locura y de su muerte.

— Era un buen camarada — dice al autor de *Safo* — un amigo de juventud, y ¿ sabe usted ? un gran talento. Hace treinta años fuimos como hermanos. ¡ Pobrecito Gill ! Gill, otro pobre bohemio sin nombre,

Juan du Boys, y yo, nos paseábamos todos los domingos, hace tiempo, dándonos el brazo por las inmediaciones de París. Los que nos conocían nos llamaban « los cuatro sombreros », á causa de los enormes fieltros tiroleses que cubrían nuestras cabezas juveniles. Una mañana, de repente, uno de los sombreros desapareció, se undió en el antro de la locura; luego bajo á la tumba. Quedábamos tres. Algunos meses más tarde du Boys perdió también la razón y poco después murió. Sólo Gill y yo sobrevivíamos. Pasó un año. De pronto Gill fué encerrado en el manicomio de Charentón de donde no salió sino para ir á un cementerio. El único sombrero tirolés superviviente era el mío. Algunos años más... Una tarde que estaba yo reuniendo « documentos vivos » sobre la locura, para escribir mi *Evangelista*, el doctor Charcot me invitó á comer en compañía de sus íntimos; después de la comida el célebre médico me llevó á la Salpêtrière... Un gran jardín... algunos enfermos... En un extremo del hospicio, una mujer nos sale al paso: « Buenas tardes » dice al doctor; « ¿ no me conoces ? » — « Sí » responde la loca « sí; y ese que va contigo, ¿ quién es ? » — « Un amigo » — La enferma se echa á reír sarcásticamente y volviéndose hacia mí, dice: « Tú eres un buen amigo y por eso te regalaré un ¡ gran sombrero tirolés ! »

Contada por Daudet esta anécdota, hace temblar

materialmente, como una historia de Carlos Dickens ó como un cuento de Edgard Poe.

Luego, á propósito de la miseria de sus primeros años, otra anécdota llena de sonrisas y de lágrimas, un capítulo de su vida de bohemia.

— Yo había publicado ya las *Amorosas*, y aunque el público no las había leído, la crítica las elogiaba. « La pluma de Musset, la pluma del poeta »... ¡ qué curioso!... Y yo era casi célebre, pero no ganaba nada, ó casi nada. Un día un escultor se propuso hacer mi busto. Yo estaba contentísimo... ¡ mi busto ! ya se me figuraba ver el yeso ó la tierra cocida sobre mi pobre chimenea... ¡ un busto !... Pero el escultor hizo más; hizo un mármol y me lo regaló. Yo hubiera querido guardarlo, y sin duda lo habría guardado á no ser por el apetito... el apetito, ¿ sabe usted?... ¡ Qué demonio !... En el zócalo un papel decía « Alfonso Daudet. » Cambié el papel por otro en el cual puse « Balzac joven »... y una tarde... después de no haber comido... vendí mi busto á un anticuario.

*
*

Daudet es hoy muy querido y muy admirado. La Academia Francesa trata de sentarle en uno de sus sillones. Los críticos serios de París no hablan nun-

ca de sus obras sin respeto y simpatía. Mi querido maestro Clarín cree que si Zola no existiera, el autor del *Nabab* sería el más grande novelista del universo.

Pero al lado de los hombres entusiastas, hay una generación que sube, que invade poco á poco las columnas de las revistas, que comienza á llenar las vidrieras de los editores; una generación menos lírica que la generación de 1860 y que revisa con seguridad casi científica los fallos dictados anteriormente. Esta generación no tiene ningún respeto por Daudet.

« Daudet, ha dicho Charles Morice, es un folletista que escribe para las costureras ». Y Moréas ha jurado que « Daudet es inferior á todo ».

Puras injusticias, ó más bien, puras cuestiones de punto de vista.

Como creador, como poeta, como cerebro, el padre de *Petit Chose* no tiene nada de admirable; mas es, en cambio, un cuentista encantador y un delicioso relator de anécdotas. ¿Qué más? Una infinidad de autores clásicos contra los cuales nadie se atrevería hoy á levantar la voz, no fueron otra cosa. ¿Qué fué, por ejemplo, el célebre Brantome? Y entre la gracia del autor de las *Damas galantes* y la gracia del autor de *Safo*, me parece que hay una diferencia.

* * *

— ¡ *Pecaire* ! — dice Daudet — ¿ ha leído usted mis *Treinta años de París*, mis *Recuerdos de un hombre de letras*, mis *Cartas de mi Molino*? Allí está todo lo que puedo decir de mi vida sin fastidiar á los demás. Y en mis otros libros también hay algo de mi carácter, aunque no tanto como algunos pretenden. Ultimamente he leído un artículo sobre *Safo* en el cual un cronista trata de probarme á mí mismo que todo Juan Goussin soy yo, y que la pobre muchacha que vivió con él es una antigua amiga mía... ¡ *Pecaire* ! Los cronistas no tienen miedo de nada... Cuando yo esté muerto, podrán decir todo eso; pero ahora no; ¿ por qué no esperan?... tal vez no esperarían largo tiempo si quisiesen esperar... algo hay, en todo lo que yo he escrito, que se refiere á mí mismo; nada más que algo... Nosotros hacemos novelas vividas, escenas que hemos visto, cosas que hemos sentido, y naturalmente dejamos una parte de nuestro sér en las páginas de un libro. Los jóvenes ya no ven nada; todo lo inventan, ó mejor dicho, todo lo descubren al través de otros libros. Yo sigo creyendo que nuestro procedimiento anticuado... ya... es menos falso que los flamantes métodos. Y la prueba... ¿ quiere usted una prueba?... pues bien: no hay más que ver lo que hacen los pocos jóvenes que han conseguido cierta notoriedad... Esos jóvenes hacen como nosotros... ¡ qué demonio !... en el fon-

do todos trabajamos de un modo idéntico cuando somos sinceros; y en general los hombres de verdadero talento son siempre sinceros. Vea usted á Baudelaire que fué un observador, un analista, un enamorado de cierta realidad rara y personalísima, pero muy real. Vea usted á los Goncourt... esos sí que han sido al mismo tiempo artistas extraordinarios, sutiles, delicados, modernos en toda la extensión de la palabra, y sinceros hasta la violencia, y naturalistas hasta la inverosimilitud. Porque también la realidad tiene sus lados increíbles como la imaginación, y aún más quizás que la imaginación, pues si en una novela de Alejandro Dumas nada nos choca, en las obras naturalistas y en la vida misma hay mil y una escenas que nos hacen decir: « ¡ parece mentira! » Y puede parecer mentira, en efecto, pero no lo es. Así, los « malos naturalistas » no reproducen sino lo que « es posible » mientras que los buenos reproducen todos los aspectos de la existencia que pueden servirles para dar una idea exacta de la existencia misma con sus bellezas y sus horrores, sus lágrimas y sus risas.

*
*
*

Oyendo hablar á Daudet, la primera impresión que su figura me había producido llegó á desvanecerse por completo.

No; ese hombre no estaba muerto, sino que, al contrario, vivía de una vida literaria verdaderamente intensa.

Lo único que, al fin de mi visita, seguía evocando la idea del sufrimiento y de la muerte, era el célebre retrato del autor de *Fromont-Jeune* pintado por Carriere. — El rostro pálido, la actitud dolorosa, la cabellera enorme y mal peinada, los ojos undidos, las manos exangües, todos los rasgos, en fin, y todos los detalles del retrato que decora el gabinete del maestro, son crueles y agonizantes...